

III Domingo de Pascua

Hechos de los apóstoles 2, 14. 22-33; 1Pedro 1, 17-21; Lucas 24, 13-35

« ¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras?»

8 Mayo 2011 P. Carlos Padilla Esteban

«Dios resucitó a este Jesús, y todos nosotros somos testigos»

El otro día me hablaban de una publicidad que ha estado presente en las calles de Madrid: « *¿Estás casada? Revive la pasión, ten una aventura* » Una empresa noruega incita a la infidelidad, eso sí, te garantiza el 100% de confidencialidad y anonimato. Y defienden su propuesta: « *Dicen que solo se vive una vez y nosotros vamos a ayudarte a vivir tu vida al máximo* ». Parece ser que ha tenido buena acogida, pues ya se han registrado 10.000 usuarios. Cuando vemos estas cosas nos quedamos sorprendidos. Una empresa incita a la infidelidad y, como consecuencia, un número elevado de personas muestran su interés. Pero nadie dice nada. La fidelidad no parece ser un valor que esté de moda en nuestro mundo. La infidelidad resulta más atractiva, nos anima a ser aventureros y romper la rutina. La fidelidad hasta la muerte parece inalcanzable y monótona, demasiado aburrida. La fidelidad en el amor al camino que Dios nos llama, la entrega sin miedo, la perseverancia cuando falla el sentimiento, parece algo del pasado y demasiado rutinario. Por eso hoy cambiamos de gustos, de hábitos, de coche, de casa, buscando las nuevas tecnologías, huimos de lo antiguo, porque nos gusta probar cosas diferentes y no aburrirnos con lo de siempre. Sabemos, sin embargo, que el amor fiel tiene que ser creativo, que no puede contentarse sólo con el mínimo, con lo de siempre y ha de buscar más, siempre más; es un amor que quiere aspirar a las cumbres más altas. Pero lo cierto es que es difícil esa fidelidad en la cruz, en el dolor del Calvario, en la enfermedad. El beato Juan Pablo II nos dio testimonio de esa fidelidad que es coronada con el cielo, con la vida después de la muerte para toda la eternidad. Es la fidelidad que hoy hemos contemplado en el Evangelio de los discípulos de Emaús. La fidelidad de Dios ante la debilidad del hombre. Ellos no se ven capaces de seguir a un hombre muerto en una cruz. Fracasan sus proyectos y desisten de sus sueños, de sus promesas de fidelidad. No creen en la fidelidad de Dios, porque creen que han sido abandonados. **Pero el amor fiel de Cristo no nos deja alejarnos por el camino. Nos persigue y nos rescata.**

Al pensar en este Evangelio tan lleno de esperanza, lo que más me commueve es ver cuánto debía querer Jesús a estos discípulos como para seguirlos por el camino. Jesús no permite que se vayan rotos a Emaús para no regresar nunca más. Corre a su encuentro para no perder su pista porque los ama. Ellos lo habían dejado todo por amor a Él y ahora regresaban a su vida anterior ya sin esperanza. Los debía querer mucho para no querer perderlos para siempre. Los había elegido y consagrado. Eran su propiedad. Siempre pienso que Cristo se toma la misma molestia por cada uno de nosotros. Nos ha llamado a ser sus hijos y compañeros de viaje. Corre y se pone a nuestro lado cuando nos ve desanimados, para tratar de explicarnos lo que no entendemos. Y nosotros decimos que no lo vemos, que no sentimos nada. Muchas veces no entendemos demasiado y dudamos. Nos cuesta ser fieles en el amor diario, en la rutina. Pero Él se esfuerza para que perseveremos. La locura de su amor de Dios siempre me desconcierta. Si nos olvidamos de ese primer amor peregrino nos olvidamos de lo esencial y no

seremos capaces de soportar la dureza del camino. Por eso es necesario volver una y otra vez a la misma escena, al camino, al lugar exacto donde Él se pone a nuestro lado y escucha. Es necesario recordar esos momentos de luz en nuestra vida que hicieron arder nuestros corazones. Es necesario revivir ese encuentro para renovar nuestro sí. Miramos esa búsqueda de Jesús, ese amor gratuito en el encuentro. En el camino va a nuestro lado. No lo reconocemos a veces. Pero nos habla de lo mismo, de nuestra historia, del sentido de nuestro sí confiado. **Nos da las mismas claves para entender la vida. Nos pacifica.**

Por todo ello es fundamental aprender a escuchar, como lo hizo Jesús con sus discípulos, como lo hace con nosotros. Ese encuentro de Jesús con los discípulos en el camino, es nuestro mismo encuentro con aquellos que vienen a nosotros buscando consuelo. Dios habla a muchos a través de nuestros gestos, de nuestras palabras frágiles. Nuestro amor se abaja y camina junto a todos los que no tienen esperanza. Hombres y mujeres heridos que buscan comprensión y acogida. Vienen como los discípulos, cansados y, con frecuencia, perdidos. Sólo buscan que escuchemos sus palabras, tal vez no quieren respuestas. Decía el P. Kentenich cómo tenemos que aprender a escuchar: «*Tiene que ser un escuchar que despierte y que libere*»¹. Una forma de escuchar que sane el alma del que llega a nosotros: «*Tenemos que escuchar realmente por interés*»². Aunque muchas veces el cansancio nos pueda. Nuestra actitud de escucha tiene que enaltecer al que nos habla: «*Mientras conversaban y discutían, Jesús en persona se acercó y se puso a caminar con ellos. Pero sus ojos no eran capaces de reconocerlo. Él les dijo: -¿Qué conversación es esa que traéis mientras vais de camino? Ellos se detuvieron preocupados. Y uno de ellos, que se llamaba Cleofás, le replicó: -¿Eres tú el único forastero en Jerusalén, que no sabes lo que ha pasado allí estos días? El les preguntó: -¿Qué? Ellos le contestaron.*». Jesús sabe escuchar nuestra voz interior, sabe detenerse para palpar nuestros miedos e inseguridades, sabe tocar nuestras heridas y calmarnos. **Nosotros, mientras tanto, vamos corriendo y nos cuesta detenernos a escuchar a otros. Por eso es tan importante aprender a escuchar.**

En el corazón de los dos discípulos que caminaban hacia Emaús había dolor y tristeza: «*Dos discípulos de Jesús iban andando aquel mismo día, el primero de la semana, a una aldea llamada Emaús, distante unas dos leguas de Jerusalén; iban comentando todo lo que había sucedido.*». Es el dolor por el fracaso. Habían fracasado con el maestro. Es la experiencia de la muerte de Jesús, ese profeta sobre el que habían construido su vida: «*Lo de Jesús, el Nazareno, que fue un profeta poderoso en obras y palabras, ante Dios y ante todo el pueblo; cómo lo entregaron los sumos sacerdotes y nuestros jefes para que lo condenaran a muerte, y lo crucificaron.*». Nosotros esperábamos que él fuera el futuro liberador de Israel. Y ya ves: hace dos días que sucedió esto. Es verdad que algunas mujeres de nuestro grupo nos han sobresaltado: pues fueron muy de mañana al sepulcro, no encontraron su cuerpo, e incluso vinieron diciendo que habían visto una aparición de ángeles, que les habían dicho que estaba vivo. Algunos de los nuestros fueron también al sepulcro y lo encontraron como habían dicho las mujeres; pero a él no lo vieron». Ellos creyeron en Jesús que era un gran profeta, poderoso en obras y palabras. Ésta era su gran esperanza: el poder de Cristo. Era un profeta mayor que otros. Un hombre capaz de realizar todo lo que quisiera con su vida. Hacía milagros, hasta resucitó muertos. Su presencia había alimentado su esperanza de cambiar el mundo. Confiaban en que fuera el liberador de su pueblo, creían en Él. Esa esperanza había mantenido encendidos sus corazones durante años. Sin embargo, hacía dos días que ya todo esto había terminado. La aventura había acabado. Ya no había nada que esperar, Jesús estaba muerto. Todo estaba perdido. Habían oído que unas mujeres lo habían visto, pero los hombres que habían ido no habían visto nada. Ante lo imposible no se podía hacer nada. **Los discípulos pierden la fe, desesperan y regresan a casa porque no tenían esperanza.**

¹ J. Kentenich, “Textos pedagógicos”, 225

² Ibídem

Muchas veces nosotros somos esos discípulos sin esperanza y sin fe. Nos sorprende nuestra debilidad y la fragilidad de nuestros planes. La vida se nos escapa, es demasiado fugaz. Cuando estamos desesperanzados, nos falta el valor de estos discípulos para contar lo que nos sucede. ¡Cuánto cuesta ponerle palabras a la tristeza, a la angustia, a la desesperanza, a la desidia! Tenemos miedo a enfrentarnos solos con nosotros mismos. Esa soledad del alma nos impresiona e inquieta. Nos cuesta reconocer nuestra debilidad y hablar de ella. Tal vez nos ocurre que nos cuesta demasiado aceptarnos tal y como somos: «*Cuando nuestras experiencia de vida nos enfrentan a aspectos de nosotros mismos, que no estamos dispuestos a aceptar, acudimos a mecanismos psicológicos de defensa que nos ayudan a mantener una sensación de seguridad y de estabilidad*»³. Así vivimos más seguros, protegidos, tapando la verdad y esforzándonos por ser los que nos somos en realidad, cuando experimentamos la debilidad. Pero se nos olvida algo esencial: «*La identidad que Dios no deja de amar no es mi identidad fingida y adorada, sino mi identidad real, el yo verdadero*»⁴. Si realmente comprendiéramos cómo es el amor de Dios hacia nosotros, ese amor que no se cansa de buscarnos, viviríamos seguros en su presencia, descansaríamos en él. Pero no lo hacemos y construimos nuestra seguridad sobre otras bases: «*El núcleo de la falsa identidad es la creencia de que mi valía depende de lo que poseo, de lo que puedo hacer y de lo que los demás piensan de mí*»⁵. Cuando esto es así nos mostramos susceptibles ante las críticas, vamos nerviosos de un lado para otro y perdemos la paz interior cuando no recibimos lo que esperamos a cambio de nuestro amor y entrega. Perdemos la esperanza cuando los pilares sobre los que habíamos levantado nuestra seguridad se derrumban. Los dos discípulos imaginaron una historia para su vida, tenían unos planes propios. Construyeron sobre un sueño y todo se derrumbó ante Jesús muerto. **¿Dónde tenemos asentados los pilares de nuestra vida? ¿Cuál es la verdad de nuestra historia?**

Jesús no solamente escucha, también es claro y duro con los discípulos, porque los ama. En el camino hacia Emaús Jesús comienza entonces a explicar lo que los discípulos no entienden: «*Entonces Jesús les dijo: -¡Qué necios y torpes sois para creer lo que anunciaron los profetas! ¿No era necesario que el Mesías padeciera esto para entrar en su gloria? Y, comenzando por Moisés y siguiendo por los profetas, les explicó lo que se refería a él en toda la Escritura. Ya cerca de la aldea donde iban, él hizo ademán de seguir adelante; pero ellos le apremiaron, diciendo: -Quédate con nosotros, porque atardece y el día va de caída. Y entró para quedarse con ellos*»⁶. Ellos le habían contado su verdad, sus falsos sueños, sus ideas confusas. Habían abierto el corazón y Jesús les habla de la verdad que hay en sus vidas, toca sus anhelos profundos. Cuando dejamos que Dios hable, cuando permitimos que Jesús actúe, todo es posible. Entonces se nos muestra lo más verdadero de nuestra vida, lo más real. El corazón arde al escuchar a Jesús, aunque todavía no entiende todo. ¡Cuánto tiempo nos hace falta para entender muchas cosas! Y además, luego olvidamos lo esencial y volvemos a caer en nuestros errores y mentiras. Nos cuesta tocar la verdad del alma. Queremos volver a lo de siempre, pensando que es lo que Dios nos pide. Como los discípulos. Así de torpes somos para entender. Sin embargo, un destello de lucidez salvó sus vidas: «*Quédate con nosotros*». ¿No deseamos a veces gritar lo mismo? ¿No hay momentos en nuestra vida que quisiéramos que fueran eternos? En esos momentos decimos también lo mismo: «*Señor, quédate con nosotros*». Es el deseo del alma tantas veces acallado, tapado, reprimido. El alma grita y nosotros la acallamos con más gritos, para que no moleste, para que Jesús siga de largo. Pero hay momentos de lucidez como el de Cleofás: «*Quédate con nosotros*». Esos momentos salvan la vida. Jesús hizo caso y se quedó con ellos. Jesús sólo quiere que le pidamos que se quede. No presiona, no insiste, no se impone. No impone su resurrección, la insinúa, la sugiere. Seduce, propone. Y

³ David G. Benner, “El don de ser tú mismo”, 70

⁴ Ibídem, 69

⁵ Ibídem, 94

nosotros, como siempre, torpes y necios, no entendemos. Nos incomodan nuestros límites y nuestra pobreza. Somos frágiles y nos damos cuenta de una verdad, somos torpes y necios para entender y creer. **La experiencia de sabernos amados por Dios, la certeza de sus palabras en el corazón, nos alegra y nos muestra el camino verdadero.**

El último paso del camino tiene lugar en el albergue al que llegaron: «*Sentado a la mesa con ellos, tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo dio. A ellos se les abrieron los ojos y lo reconocieron. Pero él desapareció. Ellos comentaron: -¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras?»* Los discípulos reconocen a Jesús en el gesto más claro y cálido de su amor. Cuando parte el pan y se parte por ellos recuerdan la última cena, recuerdan el gesto de entrega y sus últimas palabras. Muchos participaron hace una semana en la beatificación de Juan Pablo II. No estaban ahí porque recordaran todas sus palabras. Tal vez se acordaban de pocos de sus escritos. Lo que encendía sus corazones era recordar sus gestos, su vida partida y confiada en la enfermedad, su fidelidad en la cruz. Las palabras se olvidan, los gestos de amor permanecen. Los discípulos reviven todo en su corazón y comprenden que todo no ha concluido en la cruz, que la luz del cirio Pascual es la luz que ilumina la verdad de nuestra vida. Así cobra sentido el «*Sí, Padre*» que pronunciamos cada día. Nuestra vocación es más sencilla de lo que creemos, consiste en vivir con el Padre haciendo siempre lo que Él nos pide. Lo decía Benedicto XVI en la Beatificación de Juan Pablo II: «*Me parece que esta es la verdadera sencillez y grandeza de la vida de santidad: el encuentro con el Resucitado el domingo; el contacto con Dios al principio y al final de la jornada; seguir, en las decisiones, las "señales del camino" que Dios nos ha comunicado, que son sólo formas de la caridad.*» Se trata de que nuestra vida de oración y nuestra vida sacramental estén profundamente ancladas en Dios. Necesitamos vivir el abandono confiado en las manos del Padre. **Hacer su voluntad y entregar su caridad a los que caminan a nuestro lado.**

Así, entonces, llenos de Dios, cuando acompañemos a las personas que llegan buscando a Dios, podremos guiarlas hasta Él. Sólo así podremos gestar una atmósfera sobrenatural con nuestra presencia y entregar a Dios: «*Si no nos esforzamos por adentrarnos y arraigarnos cada vez más profundamente en el aroma del mundo y de la atmósfera sobrenaturales, no podremos esperar que aquello irracional y sobrenatural cautive a nuestros seguidores, no podremos esperar que en nuestra cercanía estén cada vez más centrados en lo alto y empujen hacia lo alto, hacia alturas de vértigo*»⁶. Nosotros queremos que aspiren a lo más alto, que no se conformen. Para ello nosotros tenemos que estar llenos de ese mismo anhelo. Sabemos que cuando estamos llenos de Dios y hemos descansado en Él, nuestra vida conduce hacia Él. Sin embargo, si estamos apegados al mundo, hablamos del mundo con palabras y con gestos. Si estamos anclados en Dios, si nuestro corazón arde, si respiramos en el mundo de Dios, podremos despertar un clima sobrenatural con nuestra presencia. Uno sólo puede entregar lo que lleva dentro. Si estamos enamorados, convencidos, llenos de la luz de Cristo, será posible regalar esa misma esperanza. Damos la vida que hemos recibido gratuitamente. Y entregamos a Dios a aquellos que Él sólo nos confía por un tiempo. **Por eso tenemos que entregar lo mejor que llevamos dentro.**

Pero a veces, en lugar de ser un remanso de paz podemos transmitir nuestros propios nervios e inseguridades. El otro día me decía una persona algo interesante: «*Para poder escuchar a otros, es necesario que nos escuchemos primero a nosotros mismos. Si no es así, lo que escuchamos despertará emociones confusas en nuestro interior y no sabremos entender lo que nos ocurre.*» Tenemos que aprender a escucharnos para poder escuchar a otros. Si no lo hacemos nos acabaremos proyectando y entregaremos el desasosiego que llevamos en el corazón. Tenemos que hacernos caso y aplicarnos tantos consejos que damos a otros.

⁶ J. Kentenich, “Textos pedagógicos”, H. King, 144

Recomendamos que recen más, y nosotros descuidamos la oración. Recomendamos que descansen y se cuiden, y nosotros no lo hacemos. Al ver la santidad de los que vienen a nosotros se ha de despertar el anhelo de ser más santos. Estamos llamados a ser educadores educados aunque siempre estemos en camino. Educadores que aman con su vida y por eso nunca se empobrecen. Decía el P. Kentenich: «*Un hombre que ama, que por último ha puesto su amor en el corazón de Dios, en cierto modo participa de la inmensa riqueza del amor de Dios. Si hay algo que no empobrece, es amar, es regalar la calidez del corazón*»⁷. El amor despierta amor y el amor es lo único que educa y cambia el corazón. **Cuando somos amados, el amor entregado y el amor recibido nos van transformando.**

La docilidad a la voluntad de Dios surge del encuentro con el amor de Cristo: «*Y, levantándose al momento, se volvieron a Jerusalén, donde encontraron reunidos a los Once con sus compañeros, que estaban diciendo: -Era verdad, ha resucitado el Señor y se ha aparecido a Simón. Y ellos contaron lo que les había pasado por el camino y cómo lo habían reconocido al partir el pan*». Lucas 24, 13-35. Ante el gesto incuestionable de su amor se abren los ojos y comprenden. La claridad vence la oscuridad del desánimo y la amargura. Las palabras de Pedro nos dan vida y luz: «*El día de Pentecostés, Pedro, de pie con los Once, pidió atención: -Escuchad mis palabras. Os hablo de Jesús Nazareno, el hombre que Dios acreditó ante vosotros realizando por su medio los milagros, signos y prodigios que conocéis. Conforme al designio previsto y sancionado por Dios, os lo entregaron, y vosotros, por mano de paganos, lo matasteis en una cruz. Pero Dios lo resucitó, rompiendo las ataduras de la muerte; no era posible que la muerte lo retuviera bajo su dominio. Dios resucitó a este Jesús, y todos nosotros somos testigos. Ahora, exaltado por la diestra de Dios, ha recibido del Padre el Espíritu Santo que estaba prometido, y lo ha derramado. Esto es lo que estáis viendo y oyendo*». Hechos de los apóstoles 2, 14. 22-33. Los discípulos se hacen dóciles en el encuentro con Cristo vivo y resucitado. Así suele ser con nosotros. Cuando nos encontramos con Dios, cuando lo vemos cara a cara, no podemos dejar de seguirlo. **Ellos dejan la paz de Emaús, el hogar al que regresan, y comienzan una nueva vida de apóstoles. Todo cambia de golpe en sus vidas y empiezan a vivir.**

Por eso, cuando nos hemos encontrado con el Señor, cuando ha ardido nuestro corazón y hemos compartido su mesa, no podemos seguir como siempre. Lo dice la primera carta de Pedro: «*Si llamáis Padre al que juzga a cada uno, según sus obras, sin parcialidad, tomad en serio vuestro proceder en esta vida. Por Cristo vosotros creéis en Dios, que lo resucitó de entre los muertos y le dio gloria, y así habéis puesto en Dios vuestra fe y vuestra esperanza*».

1Pedro 1, 17-21. Las palabras recientes de Benedicto XVI nos invitan a no conformarnos: «*No tengamos miedo de mirar hacia lo alto, hacia la altura de Dios; no tengamos miedo de que Dios nos pida demasiado, sino que dejemos guiarlos en todas las acciones cotidianas por su Palabra; si nos sentimos pobres, inadecuados, pecadores, será Él el que nos transforme según su amor*». Dios quiere nuestra autenticidad de vida. Quiere una santidad verdadera. María, en el Santuario, es la educadora de una nueva santidad. Nos motiva el lema de vida de Juan Pablo II «*Totus tuus*», «*Soy todo tuyo*», y sus palabras hoy nos dan luz: «*Esta fórmula no tiene solamente una característica piadosa, no es una simple expresión de devoción sino que es algo más que eso. En un primer momento creí que me debía apartar un poco de aquella devoción mariana de la infancia, en favor del cristocentrismo. Gracias a san Luis Grignion de Montfort comprendí que la verdadera devoción a la Madre de Dios es justamente cristocéntrica*». Nuestra relación con María es un amor que transforma, que nos enciende y hace todo nuevo. En este mes queremos mirar a María con esa confianza, con la certeza de que cuanto más amemos a nuestra Madre y más cuidemos su amor, más se hará carne en nosotros el rostro de Cristo. En la fuente del Santuario queremos revivir nuestro Emaús. Queremos encontrarnos con el Dios de nuestra vida, que camina a nuestro lado y nos revela su voluntad. **Queremos arder con sus Palabras y encontrar la paz anhelada.**

⁷ J. Kentenich, “Kettenich Reader” T 1, 62